

# 20 AÑOS DE LA 'POPULORUM PROGRESSIO'

Luis Ugalde

"No basta promover la técnica para que la tierra sea humanamente más habitable. Los errores de los que han ido por delante deben advertir a los que están en vía de desarrollo de cuáles son los peligros que hay que evitar en este terreno. La Tecnocracia del mañana puede engendrar males no menos terribles que los del liberalismo de ayer. Economía y Técnica no tienen sentido si no es por el hombre, a quien deben servir".  
(Populorum Progressio Nº 34)

El 26 de marzo de 1967 Pablo VI firmaba uno de los documentos pontificios recientes de más trascendencia y con más visión de futuro. La encíclica social "Populorum Progressio", sobre la necesidad de promover el desarrollo de los pueblos.

El Concilio, que finalizó en 1965, fue una extraordinaria oportunidad para que la Iglesia tomara conciencia de su propia universalidad. No de la universalidad europea expansionista sino de la catolicidad de una Iglesia que está llamada a ser asiática en Asia, africana en África y americana en América.

Nunca antes había habido la oportunidad concreta de contemplar en los rostros de los padres conciliares esta universalidad en la diversidad de continentes y razas. Este hecho ayudó a poner nuevos acentos en el enfoque de la catolicidad y redescubrir un evangelio que asume la pluralidad de las culturas y de las identidades de los pueblos.

Es verdad, como se ha dicho, que el Concilio fue muy europeo, una especie de reconciliación tardía de la Iglesia con la modernidad occidental. Pero al mismo tiempo abría las puertas a la creatividad cristiana en y desde los pueblos que antes solo eran colonias.

## 'ELLOS MISMOS Y PARA SI MISMOS'

Todavía no se había terminado el Concilio cuando Pablo VI, pensando y haciendo suyas las inquietudes de los pueblos subordinados a los países industrializados, nombró una comisión de trabajo para preparar la encíclica en septiembre de 1964. Por fin la séptima redacción pareció satisfactoria. El Papa, el primer papa viajero, parece no querer hablar sólo desde Roma. Sabe que las cosas se ven distintas desde la periferia, desde el reverso de la historia. La historia de la presencia europea en África es vista de muy distinta manera por los ojos del europeo que por los de africano. Así sean ambos católicos y obispos. Por eso en la Encíclica Pablo VI hace referencia a sus viajes a América Latina y a África antes de su pontificado, y a la India, a Tierra Santa y a las Naciones Unidas estrechando su misión apostólica. "Antes de nuestra elevación al Sumo Pontificado, nuestros dos viajes a la América Latina (1960) y al África (1962) nos pusieron ya en contacto inmediato con los lastimosos problemas que afligen a continentes llenos de vida y de esperanza". (Nº 4)

Acababa de crear la Comisión Pontificia de Justicia y Paz con el fin de "suscitar en todo el pueblo de Dios el pleno conocimiento de la función que los tiempos actuales piden a cada uno en orden a promover el progreso de los pueblos más pobres, favorecer la justicia social entre las naciones, ofrecer a los que se hallan menos desarrollados una tal ayuda que les permita proveer, ellos mismos y para sí mismos, a su progreso". (5)

Es la Comisión Pontificia que organizó el año pasado aquel encuentro-profecía en Asís donde el Papa se reunió con líderes de las diversas religiones en el mundo para orar por la paz. Es la misma que recientemente elaboró el documento de la Santa Sede sobre la deuda externa en el que su reflexión moral se hace eco de las naciones cuyo desarrollo está hipotecado por la impagable deuda.

La encíclica marcaba un camino de futuro en el que el llamado Tercer Mundo va a tener su presencia propia en el mundo y también en la Iglesia; y esto traerá un nuevo orden internacional, en cierto modo también un nuevo orden eclesial. Aunque tarde un poco, llegará.

Veinte años después, uno ve tres aspectos que demuestran que el camino hacia un nuevo orden internacional es más lento de lo que se pensaba, pero más necesario que nunca. Tal vez la humanidad necesita una fuerte sacudida—de esas que antes producían las guerras— para entrar en razón. En efecto, vemos que la situación para los países pobres y dependientes es hoy más dramática y desesperanzada que entonces y que los países ricos han hecho muy poco caso a la encíclica. Lejos de corregir los desiguales e injustos términos comerciales en el trato con los países pobres, más bien los han acentuado. En concreto ha traído un trasvase neto de capitales de América Latina a los países ricos y se han acentuado las barreras proteccionistas contra nuestros productos. El tercer aspecto que llama la atención es la poca seriedad con que muchos en la Iglesia, incluso autoridades de ella, han tomado el camino señalado por la encíclica. Estamos lejos de librarnos de esa tentación humana, demasiado humana, de preferir el privilegio de los privilegiados, la riqueza de los ricos, que solidarizarnos y echar nuestra suerte con los pobres de la tierra. Es el escándalo del seguimiento de Jesús que también escandalizó en aquel tiempo a sus discípulos.

Sin embargo es mucho lo que se ha caminado. Crece la conciencia eclesial con voz propia en Asia, África y América. Crece la identidad de la Iglesia con la causa de la Justicia y de la Paz en Filipinas, en Haití, en Sudáfrica, en Chile, en Bolivia... La voz del Santo Padre no se ha apagado en este sentido y recorre los caminos del mundo llevando el mensaje de una sociedad internacional nueva que está por nacer.

Sobre todo han cambiado las condiciones de tal manera que los caminos señalados en la "Populorum Progressio" paradójicamente se ven como la única salida para los propios pueblos desarrollados.

## 1967: SI ESTA ENSEÑANZA TUVIERA UN PUEBLO CREYENTE

En 1967 me encontraba en Alemania realizando los estudios de Teología. En los tiempos disponibles ayudábamos en Frankfurt en la pastoral entre los 15.000 trabajadores que, obligados por la necesidad, se habían arrancado de su patria y familia para tomar los trabajos más duros en tierra ex-

traña. Entonces entre los obreros españoles en Frankfurt era muy activo el "Círculo Cultural", animado por comunistas, socialistas y anarquistas. Con fuertes luchas entre sí, pero con el denominador común del anticlericalismo, algunos dirigentes con el amargo sabor del exilio desde la guerra española y casi todos con la convicción de que la Iglesia estaba con los poderosos y era enemiga de los obreros. Lo sentían así y así lo propagaban. No carecían de argumentos.

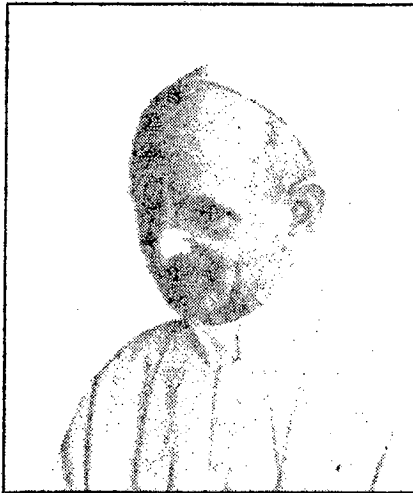
Ese era el mundo de testimonio cristiano y de trabajo de la H.O.A.C. (Hermandad Obrera de Acción Católica) con la que colaboraba yo. El "Círculo Cultural" se reunía todos los domingos en los locales prestados por el "Club Voltaire" que, como sugiere su nombre, era un dinámico e interesante Centro de alemanes también muy ajeno al mundo clerical. Pronto sería uno de los centros más activos en Frankfurt en la rebelión estudiantil anarco-libertaria de 1968 que sacudió el mundo capitalista de Berkeley a Berlín con epicentro en París. La guerra de la utopía contra la aplastante realidad de la abundancia mecánica despersonalizada y las batallas de las flores contra los cañones.

Yo tenía la convicción de que había que ir al "Círculo Cultural". Que un cura debía estar en medio de los debates de los sufrimientos y esperanzas de los obreros, aunque el ambiente fuese anticlerical. La Iglesia tenía algo que hacer y que decir a esos obreros. Y fui. Al tercer domingo de mi asistencia semi-anónima me pidieron que hablara de la reciente encíclica "Populorum Progressio" en el Club Voltaire a un auditorio obrero controlado por comunistas, socialistas y anarquistas. Guardo los apuntes de mi charla. Recuerdo muy bien el diálogo final abierto con toda clase de objeciones viscerales contra la "reaccionaria" y "explotadora" Iglesia, para más señas cómplice de la dictadura franquista. Pero tenía algo muy importante a mi favor aquel domingo. El auditorio estaba gratamente sorprendido con el contenido de la encíclica. Los participantes en el fondo seguían siendo católicos y esperaban contra toda esperanza que la Iglesia pusiera en práctica sin demorar el camino trazado por este documento.

No dudaban de los principios y orientaciones cristianas sino de la convicción, voluntad y capacidad de los cristianos para llevarlos a la práctica.

### 1977: HABLAR DE LAS VACAS FLACAS EN TIEMPO DE VACAS GORDAS

Diez años después me tocó escribir en SIC dos artículos sobre la "Populorum Progressio". Eran los tiempos de la hoy casi olvidada Venezuela opulenta de 1977, la del barril de petróleo a 34 dólares pagado con dólares a 4.30. Eran los tiempos de las vacas



gordas y de sueños faraónicos de un gobierno megalómano y derrochador. Entonces no se hablaba de la crisis del Estado sino del Estado desarrollista cuyo pródiga sombra buscaban sedientos los empresarios. Entonces parecía de mal gusto recordar que Venezuela era subdesarrollada y empobrecida. Nos querían hacer creer que ya estábamos en el despegue definitivo. Le tocó a la revista SIC recordar y defender la encíclica en su décimo aniversario contra la inercia y el olvido incluso en la Iglesia misma (Cfr. SIC N° 393 marzo 1977, dos artículos del autor sobre el tema).

### 1987: LA PERPLEJIDAD DE LOS SUBDESARROLLADOS

Hoy la situación ha cambiado profundamente. A los 20 años de la "Populorum Progressio" ni América Latina, ni los países capitalistas, ni las sociedades del bloque soviético son las mismas.

A pesar del proceso de democratización controlada y restringida que parece ir ganando terreno en toda América Latina, el horizonte del desarrollo luce sombrío. Si bien hemos pasado de sólo tres democracias (Colombia, Venezuela y Costa Rica hace menos de una década) a sólo dos dictaduras hoy (Paraguay y Chile) la terrible dictadura del hambre, la miseria y la deuda externa (sin distinción de regímenes) parecen inamovible y cada día más fuerte.

Los actuales no parecen tiempos propicios para la utopía como lo eran los de 1967. Difícil es volver a soñar en América Latina hoy como en aquellos años en el "milagro brasileño" desarrollista de los militares, en el "paraíso cubano" soviético de los comunistas o en la "revolución en libertad" de la democracia cristiana chilena.

Hoy todo parece más difícil para nuestros países. Llevamos siete años de disminución del poder adquisitivo de los ya bajos salarios de los obreros, y crece el desempleo y el subempleo disfrazado en eso que llaman

"la economía paralela" o "informal".

La deuda externa pesa tanto que los gobiernos sin excepción se encuentran en el dilema de capitalizar en el país y atender a las graves necesidades de sus pueblos o transferir los excedentes a la banca internacional y reprimir la protesta del hambre popular. El pago de la deuda obliga a lo segundo y se trata no de algo pasajero sino de deuda permanente en una cadena de refinanciamientos.

En el último quinquenio los términos de intercambio en el comercio exterior han empeorado gravemente en contra de los países subdesarrollados. Los Industrializados no acaban de salir de su crisis, lo que los lleva a defender sus intereses, proteger sus mercados de los productos del Tercer Mundo, expulsar o restringir a los trabajadores de los países pobres y justificar su discriminación con una creciente y terrible xenofobia.

Después de las experiencias de África y de América Latina, tampoco parece fácil pensar que la vía soviética sea el camino para la liberación.

Tal vez estamos tocando fondo en la crisis.

Tal vez los hechos están desenmascarando la retórica, sea revolucionaria o desarrollista, y están dejando al descubierto qué significan términos como "ayuda" y "países en vía de desarrollo". Tal vez hace falta una mirada más crítica para poder ver en toda su verdad las actuales cínicas relaciones internacionales, donde ciertamente funciona en todo su vigor y rigor "la ayuda" de la venta de armas y "la ayuda" de los préstamos que hipotecan el futuro de nuestros pueblos. Tal vez por eso hoy se puede entender con más verdad el sentido de la "Populorum Progressio" y su urgencia para la humanidad.

Tal vez hoy no parezca tan "marxismo recocado", como el órgano de prensa de Wall Street calificó en 1967 la encíclica.

### 1987: EL SUBDESARROLLO DE LOS DESARROLLADOS

Pero hay otro cambio que nos parece el más fundamental en relación a 1967. Entonces la encíclica planteaba al problema del "desarrollo de los pueblos, y muy especialmente el de aquellos que se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas, de la ignorancia; que buscan una más amplia participación en los frutos de la civilización". (N° 1) Hoy parece más claro que esa civilización (la desarrollada) es la que está enferma en sus dos versiones: la capitalista y la soviética. Enferma del economicismo que deshumaniza.

Hace 20 años parecía que el Primero y Segundo Mundo tenían ofertas alternativas que eran la solución para los problemas de los países pobres. Hoy parece que ninguna de las sociedades sea alcanzable para nosotros.

Pero también es más evidente que ambas están enfermas en sí mismas y enfermas en relación con el resto de la humanidad.

En 1967 el marxismo parecía en auge. El socialismo "real" atraía a los pueblos pobres y dominados. También el capitalismo atraía, y en sí mismo vivía una ininterrumpida y arrolladora expansión desde la segunda guerra mundial. Bastaba recomendar a esta expansiva civilización "occidental" que fuera benévola y nos ayudara a los que estábamos "en vías de desarrollo" para que a la vuelta de pocos años nuestros países estuvieran definitivamente enrumados hacia la prosperidad y el bienestar colectivo. No era ésa la mente de Pablo VI en la encíclica, pero por eso mismo fue tachada de "marxismo recocado" por unos y "acatada pero no cumplida por otros".

Hoy las cosas han cambiado. Hay otras luces para entender y apreciar la encíclica.

El cambio fundamental es la percepción más clara que se tiene de los graves problemas de la cultura occidental capitalista. En el Concilio Vaticano II prevaleció la simpatía por el mundo moderno y se resaltaron sus indudables aportes a la humanidad. No se ignoran sus males ni su fundamental ambigüedad al igual que otras culturas, pero prevalece la lectura positiva y la simpatía básica. Veinte años después en el Sínodo Extraordinario para evaluar la aplicación del Concilio prevalece una visión más negativa. Y es que las cosas han cambiado. Europa vive un invierno espiritual. Esa cultura cuanto más éxito tiene más muestra la herida de muerte que lleva en ella. Para los europeos de ambos lados del Atlántico el prodigioso desarrollo científico-tecnológico y económico de Occidente ha demostrado la grandeza de la razón humana y su increíble capacidad de desarrollo material, pero cada vez muestra con mayor evidencia su profundo antihumanismo. A la juventud en forma creciente se le ofrece un sombrío horizonte de desempleo, droga y hedonismo desilusionado. Para encontrar el sentido de la vida en el don de sí mismo, en la comunicación, en la tarea de la construcción de la fraternidad tiene que buscar cauces marginándose de la corriente cultural dominante.

Europa se está convirtiendo en una sociedad de ancianos.

La onda expansiva ininterrumpida que traía desde la segunda guerra mundial ha hecho crisis. El desempleo de decenas de millones de trabajadores y el descenso de la calidad de vida de los obreros crece. Y, como una fatalidad, crece la economía de guerra y la amenaza nuclear en un verdadero alarde de irracionalidad del sistema. Aunque nunca llegue a haber guerra nuclear, siempre será un hecho terrible que la estupidez humana (su máxima racionalidad economicista) haya tenido que destinar billones de dólares a arma-

mentos que jamás se usaron. Billones de dólares tan necesarios para producir vida en la humanidad. Si hay guerra nuclear la estupidez será la misma, aunque más sangrienta. Al llegar a la cúspide de los éxitos de la racionalidad se encuentra uno con la guerra y la muerte, prueba de que en la base misma hay un fallo.

Pareciera que en estos años de crisis el único flujo a los países pobres que no se ha reducido es la venta de armas para sembrar la muerte. Todo país que se precie de estar ingresando en el club de los desarrollados tiene que demostrarlo con el dudoso distintivo de exportador de armas. Es el caso de Brasil y de España, por ejemplo.

De manera que la economía capitalista y la cultura capitalista viven en 1987 una crisis que no se conocía en 1967. Eso sin endosarles la cuota de responsabilidad que tienen los países capitalistas con lo que pasa en sus excolonias de ayer y sus dependientes de hoy.

Es significativo que la extraordinaria pastoral social de los obispos norteamericanos (preparada a lo largo de 5 años, con un método participativo más extraordinario todavía) dada en noviembre de 1986 se titule "Economic Justice for All". El refleja esta crisis y anuncia a la vez los caminos de salida de ella en una visión más global y envolvente a países ricos y pobres. El "All" del título se refiere a "todos", también a los países pobres.

En el país más rico y poderoso de la tierra, símbolo de la prosperidad capitalista, los obispos católicos por vez primera en la historia se sienten movidos a hacer una invitación personal a todos a usar "los resortes de nuestra fe, la fuerza de nuestra economía y las oportunidades de nuestra democracia para modelar una sociedad que proteja mejor la dignidad y los derechos básicos de nuestros hermanos y hermanas en este país y el mundo". (Nº 1). Reconocen y se confiesan orgullosos del "poder, productividad y creatividad de nuestra economía". (Nº 9) Pero como pastores miran al rostro humano de esa economía y se encuentran con el dolor de los hermanos que son pobres, desempleados, sin casa, marginados. "Vemos demasiada hambre e injusticia, demasiado sufrimiento y desesperación tanto en nuestro país como en el mundo". (Nº 10)

Sólo dentro de sus fronteras tienen más pobres que Centroamérica, Venezuela y Colombia juntos.

Los obispos norteamericanos consideran que "asegurar los derechos económicos fundamentales para todos será una tarea ardua". (Nº 84) Y eso que lo económico es el lado fuerte de la sociedad capitalista.

Los obispos norteamericanos entienden que su problema no se acaba en sus fronteras nacionales sino que —en una economía

transnacionalizada— su nación como cabeza del imperio, es corresponsable de la miseria de 800 millones que en los países colonizados y dependientes viven en pobreza absoluta. Donde llega la acción política, militar y económica norteamericana debe llegar también el examen moral. Así lo hace este documento tomando muy en cuenta el punto de vista de la propia gente del Tercer Mundo.

## GRANDEZA Y MISERIA DE LA "ILUSTRACION"

Allá donde la racionalidad capitalista industrial ha tenido éxito, allá queda al desnudo su profunda irracionalidad: lo que es racional para producir riqueza y para "dominar la tierra", tiende también a dominar al hombre como parte de esa tierra y es irracional para producir convivencia humana y liberar al hombre trascendente.

Pero también el bloque soviético, con todos sus indudables éxitos, se ha revelado una sociedad inhumana. Sin duda con acentos diversos en esa inhumanidad pero muy reales. También en ese sistema, como en el capitalismo, la racionalidad economicista unida a la concentración del poder termina en el armamentismo militarista. Los señores de la guerra en ambos sistemas parecen tener la última palabra y el máximo poder.

Estamos viendo lo difícil que resulta en estos sistemas desmontar su propia irracionalidad, desviar el curso suicida de las cosas, afectar a las rutinas y a los inc.eses creados.

En este momento están dadas en el mundo todas las condiciones materiales para la realización de la justicia, de la paz y del desarrollo de todos los pueblos como nunca antes en el pasado. Pero se opone la lógica de los sistemas y la inhumanidad del economicismo como suprema ley. Economicismo que, por cierto, hizo grandes servicios a la humanidad (aunque a muy alto precio humano) cuando el problema fundamental era cómo salir de la carestía y producir más.

Hoy los pueblos latinoamericanos no tienen entrada en el banquete de los desarrollados, sino en cuanto eso interese a la expansión de ellos. Pero aunque tuvieran, no sería deseable en las actuales condiciones y modelos de sociedad. Es necesario un reordenamiento del mundo en su globalidad porque ni es posible un desarrollo autónomo de América Latina ni un desarrollo dependiente evitando las peores consecuencias de las sociedades señaladas.

Tampoco es posible un desarrollo económico sin tomar en cuenta todos los aspectos de la civilización y el tipo de humanismo o antihumanismo que produce. Por eso hoy es más claro lo que nos dice Pablo VI: "No se trata sólo de vencer al hambre, ni siquiera de hacer retroceder la pobreza. El combate

contra la miseria, urgente y necesario, es insuficiente. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de la parte de los hombres y de una naturaleza, insuficientemente dominada; un mundo donde la libertad no sea una palabra vana y donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico". (Nº 47)

Hoy añadiríamos un acento nuevo: no se trata de que los pobres de la tierra no tengan salida "sin la ayuda" de los ricos, sino que los países ricos y económicamente desarrollados no tienen salida como civilización sin hacerse eficazmente hermanos de los pueblos que de un modo u otro han sido dominados y explotados por los europeos desde hace medio milenio. Hoy, con los adelantos tecnológicos, todos estamos en una misma casa y llamados a entendernos, a ayudarnos, a hacernos hermanos. O nos salvamos juntos o nos condenamos juntos. Esto que siempre ha sido una verdad teológica hoy se vislumbra también como una verdad económica, política y social.

No por repetido es menos cierto lo que dice la encíclica después de haber reconocido la importancia humanizadora de la industrialización contemporánea en cuanto a las nefastas consecuencias de su sometimiento a una filosofía liberal: "Pero, por desgracia, sobre estas nuevas condiciones de la sociedad ha sido construido un sistema que considera el lucro como motor esencial del progreso económico, la concurrencia, como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción, como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, justamente fue denunciado por Pío IX como generador del "imperialismo internacional del dinero" (Pío IX, Encíclica *Quadragesimo anno*, Nº 109). No hay mejor manera de reprobarnos un tal abuso que recordando solemnemente una vez más que la economía está al servicio del hombre". (Nº 26)

Claro que es igualmente falso pensar que la salvación está en un sistema que ponga como suprema ley salvadora la desaparición de la propiedad privada de los medios de producción, la eliminación total de la concurrencia y la erradicación de la natural tendencia a la ganancia. La historia ha demostrado también la ilusión de este otro absolutismo. Ello explica la tendencia actual en los países de modelo soviético a reintroducir el estímulo, la competencia, el mercado y ciertas formas de iniciativa privada y de medios privados de producción. Ahí están las reformas de Hungría o las que—ante la evidencia histórica de los hechos— está tratando de

implantar Gorbachov incluso más allá de lo económico.

Al fin y al cabo lo que está en crisis es la creencia de que imponiendo ciertas "leyes"—sean las capitalistas o las marxistas— que están en la naturaleza misma de las cosas, automáticamente se produce el hombre feliz y la sociedad justa. Lo que está en crisis es la creencia (del racionalismo ingenuo) en la "física social" como ciencia social en la que creyó Comte, la "mano invisible" del deísmo de los capitalistas clásicos o las leyes de la dialéctica que rigen el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción y que inexorablemente nos llevarán al paraíso en la tierra.

No hay modo de eludir la responsabilidad moral del hombre. Es él quien debe ordenar esas tendencias "naturales" bajo la conciencia moral y humanizarlas. Este es el límite del optimismo de la "Ilustración" que creía que la fundamental ambigüedad del hombre perfectamente superable con sólo descubrir las leyes de la naturaleza y respetar su funcionamiento.

Las recomendaciones de la *Populorum Progressio* como el deber de solidaridad de las naciones, el fondo mundial contra la pobreza, la eliminación del derroche, la justicia social en las relaciones comerciales internacionales, las misiones técnicas, la hospitalidad con los emigrantes y refugiados, el diálogo de las civilizaciones, son otras tantas recomendaciones de extraordinaria vigencia en las que se ha avanzado poco. El "imperialismo internacional del dinero" lo vemos hoy más claro que hace cincuenta años. La Iglesia como tal no ha sido capaz de inspirar con efectividad un amplio movimiento espiritual en consonancia con la gravedad de las tareas, aunque todos los años el Papa en los mensajes de Navidad sobre la paz nos recuerde esas orientaciones así como en sus viajes internacionales. Las recomendaciones finales de Pablo VI están sin estrenarse:

1. *"En los países en vía de desarrollo no menos que en los otros, los seculares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal"*

*"Los cambios son necesarios; las reformas profundas indispensables: deben emplearse resueltamente en infundirles el espíritu evangélico"* (Nº 81)

Creo que en Venezuela—como en otros países latinoamericanos— más bien hemos retrocedido en este punto excepto a nivel popular. Como se ve en Venezuela y puede apreciarse en los informes nacionales presentados en la reciente Asamblea del CELAM en Paraguay, está creciendo el compromiso intraeclesial del laico, pero no así el compromiso del laico animado por el Evangelio en la profunda transformación de las estructuras sociales.

2. *"Educadores, a vosotros os per-*

*tenece despertar ya desde la infancia el amor a los pueblos que se encuentran en la miseria. Publicistas, a vosotros corresponde poner ante nuestros ojos el esfuerzo realizado para promover la mutua ayuda entre los pueblos, así como también el espectáculo de las miserias que los hombres tienen tendencia a olvidar para tranquilizar sus conciencias"* (Nº 83)

¿Cuántos son los educadores y los publicistas que realmente se han sentido inspirados, animados y defendidos por la Iglesia en esta difícil tarea? ¿No serán más los que por intentarlo se han sentido en los medios católicos tachados de comunistoides y marginados de la comunidad cristiana?

3. *"Y, si es verdad que el mundo se encuentra en un lamentable vacío de ideas, Nos hacemos un llamamiento a los pensadores y a los sabios católicos, cristianos, adoradores de Dios, ávidos de absoluto, de justicia y de verdad: todos los hombres de buena voluntad, A ejemplo de Cristo, Nos nos atrevemos a rogaros con insistencia: Buscad y encontraréis (Luc 11,9); emprended los caminos que conducen a través de la colaboración, de la profundización del saber, de la amplitud del corazón, a una vida más fraternal en una comunidad humana verdaderamente universal"* (Nº 85)

¿Se han sentido los hombres de buena voluntad en Venezuela llamados por nuestros pastores a una tarea similar en la que con gran amplitud cada uno pueda hacer su aporte? ¿No tendría sentido en la actual coyuntura nacional una invitación así en los 20 años de la *Populorum Progressio*? No me refiero a celebraciones formales, con discursos cuyo contenido sea un tejido de generalidades y de lugares comunes ya sabidos, sino una convocatoria a identificar los obstáculos y estudiar la manera de vencerlos.

La *Populorum Progressio* tiene una afirmación que la Iglesia católica no ha defendido suficientemente: el desarrollo integral del hombre hoy no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad. Es verdad que se ha logrado la solidaridad de las iglesias, las ayudas de grupos humanitarios y el aporte voluntario y hasta heroico de muchos pequeños grupos en favor de los países pobres. Lo que todavía no se ha logrado es que la Iglesia en forma decidida, la fe cristiana en nosotros, en cuanto orientadora y modeladora de la vida, eche su suerte en favor de los pobres de la tierra para así poder ayudar a que también se salven los países ricos. Se salve la humanidad. Esto significa un nuevo aliento en las iglesias madres capaz de parir una nueva cultura. Tema tan querido de Juan Pablo II. El progreso de los pueblos pasa hoy por la liberación de los países ricos de su propia trampa economicista y por ende carente de solidaridad. Para la Iglesia esto no es una opción, sino la simple identificación con su Maestro.